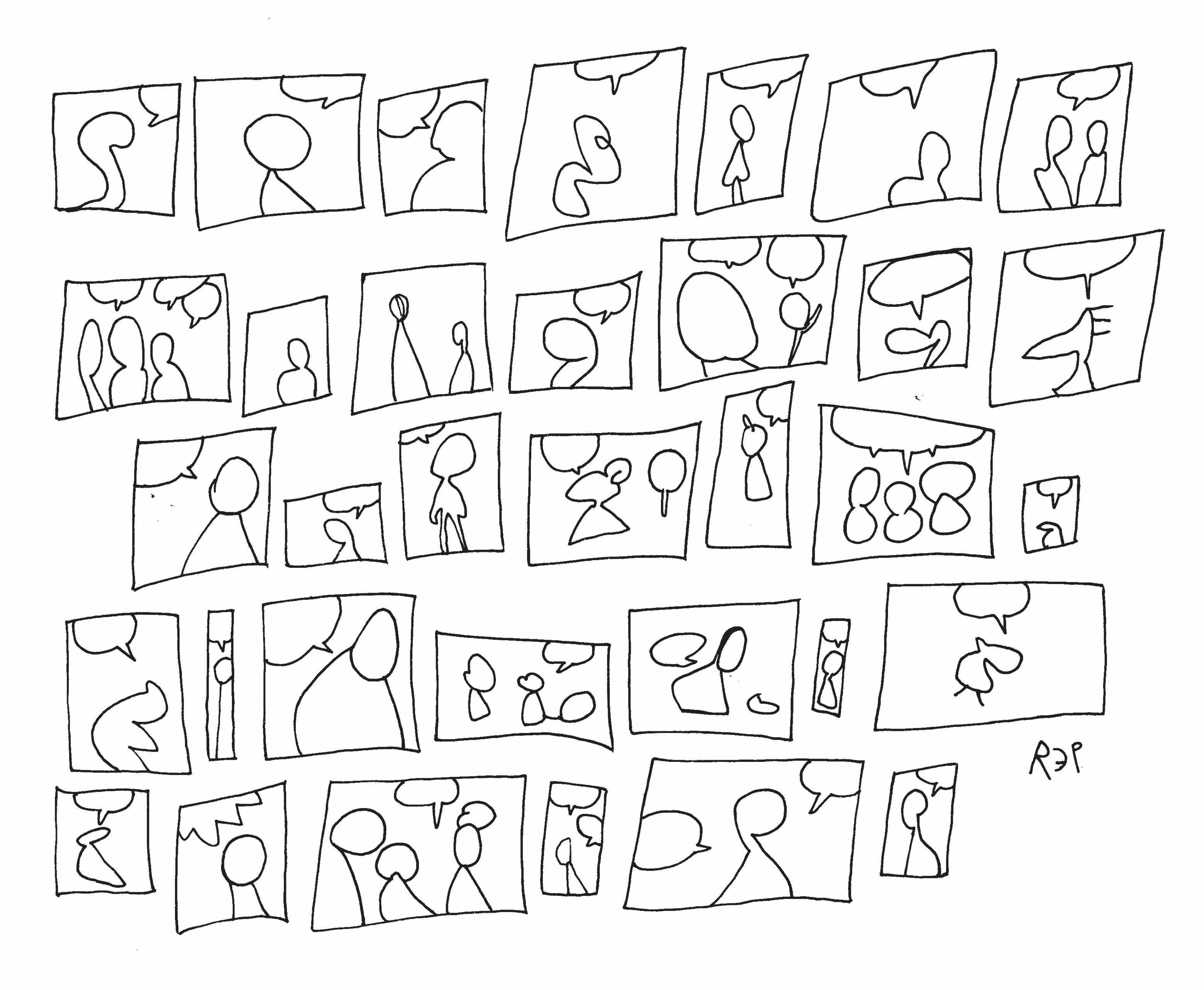
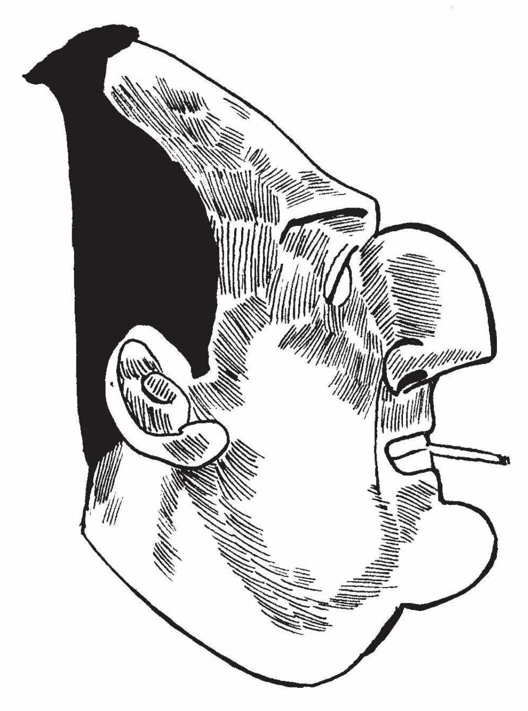
Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

58 Hacia el primer regreso de Perón





Suplemento especial de
Página|12

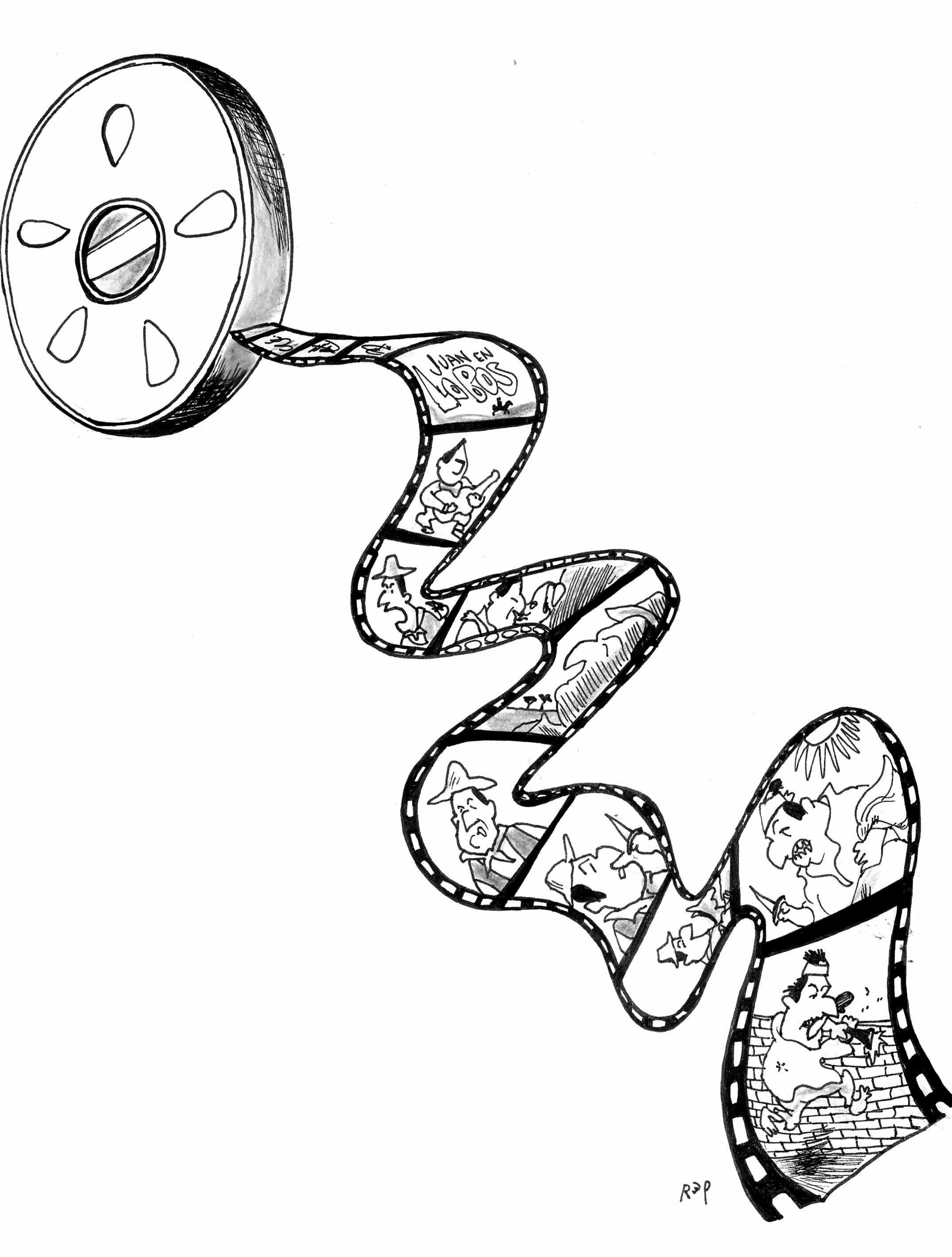
EL JUEGO DE MASCARAS

Hemos dicho que Fanon y Perón no tenían similitudes, no había casi nada que los ligara. Para la militancia de los '70 era indudable que sí: Perón era un líder del Tercer Mundo. Perón, además, se había puesto esa máscara. Una de las posibles lecturas de la relación entre Perón y la Jotapé es la de un juego en un baile de máscaras. Yo me pongo la máscara que vos querés de mí. Sabemos que usted, general, nos quiere peronistas: aquí estamos, cantamos la marcha, vengamos a Valle, matamos a Aramburu, hablamos todo el tiempo del pueblo peronista y decimos vivas por usted y juramos morir por usted, como corresponde a buenos peronistas. Ya que así está establecido: no hay nada más peronista que prometer dar la vida por usted, el conductor estratégico. Usamos su lenguaje: táctica, estrategia, cuadros auxiliares de conducción, cuadros medios, bastón de mariscal en la mochila de cada combatiente. Leemos a Clausewitz. Somos –ahora crecidos y militantes– los niños privilegiados de su patria de la felicidad. Somos los autores de esa formidable pintada: "General, sus privilegiados de ayer somos sus combatientes de hoy". Somos esos pibes de los que usted dijo: "La primera elección la ganamos con los hombres, la segunda con las mujeres, cuando voten los pibes ¡pobre de ellos!" Amamos al pueblo, vamos a las villas, pintamos las casas de chapa, alfabetizamos, organizamos a los que no tienen cómo hacerlo porque no tienen trabajo, compañeros. Militamos en los barrios, nos peleamos con nuestros viejos, con frecuencia les ganamos y los hacemos peronistas (a ellos, que siempre nos hablaron pestes de usted y nos convirtieron, muy a su pesar, por pura torpeza nomás, al culto maldito de adorarlo, de quererlo aquí, en la patria, para que les arruine la fiesta a todos), polemizamos con la izquierda gorila, les robamos las bases a los comunistas, a esos bolches de la *Fede* que ven, desesperados, que se les rajan todos los militantes y se vienen con nosotros, porque, su imbatible glamour de maldito, se nos pega, nos adorna, nos vuelve fascinantes.

Yo, muchachos, sé que ustedes me necesitan combativo y tercermundista. Yo los necesito y no los voy a perder. Porque los sindicalistas tienen demasiados intereses y son parte de cualquier gobierno. Son burócratas, traidores. Ustedes están llenos de ideales. Quieren usarme, claro. Los comprendo. Yo también a ustedes. ¿Cómo me quieren? Lo sé: duro y combativo. Bien, entonces digo que con el Che se fue el mejor de los nuestros y les entrego las consignas de una "nueva etapa" que elaboré para ustedes. Tengo que darles manija y sé cómo hacerlo. A ver, qué les parece: Actualización Doctrinaria, Trasvasamiento Generacional y Socialismo Nacional. Somos un Movimiento de Liberación Nacional del Tercer Mundo. Estamos contra los dos imperialismos: el yanki y el ruso. Estamos por la liberación nacional de la patria. Ustedes agreguen, también, "social". Ustedes se ponen esa máscara para mí. Yo me pongo esta para ustedes. Todo va a ir bien. Sospecho que en algún momento nos vamos a tener que sacar las máscaras. Ahí quizás ustedes revelen lo que son: unos marxistas hijos de puta que quieren usarme para implantar en la patria algo que nada tiene que ver con el peronismo. Ahí me saco yo la máscara. Se van a sorprender, muchachos. Yo de gil no tengo nada. Sé que piensan que estoy viejo. Que me voy a morir antes de poder sacarme la máscara que me puse para ustedes y que, entonces, me van a heredar. Son riesgos que hay que correr. Se lo digo a los míos. Sin los muchachos no volvemos. Hay que darles lo que necesitan. ¿Necesitan esta máscara? La van a tener. ¿Y si te morís con esa máscara puesta? Suele preguntarme Isabelita, que, lo sé bien, sólo sabe decir lo que López le ha dicho antes. Entonces me río: ahí se van a tener que joder ustedes y los milicos. No puedo cambiar de máscara antes de estar en suelo argentino. Y los que me van a devolver a la patria son los muchachos. A joderse y a correr el riesgo. Y para redondearlo les digo esa frase que tanto me gusta: "No hay que cambiar de caballo en medio del río".

¿QUE ES EL "PUEBLO PERONISTA"?

Fanon era un militante de la causa tercermundista y un gran teórico. Pero está la cuestión de la violencia. *Siempre aparece en estos análisis la cuestión de la violencia*. Y hay que remitir este tema al *pueblo peronista*. Todo lo que se hacía fundaba su legitimidad en esa esencia. Toda la militancia actuaba en nombre del pueblo peronista o por el pueblo peronista. Toda la lucha era una lucha de liberación por la clase obrera cuya identidad política era el peronismo. Se dibujó entonces un perfil del *pueblo peronista* que respondiera a los ánimos revolucionarios de la época. Se decía que el pueblo peronista era combativo porque ahí estaba, a la mano, el ejemplo de la *Resistencia*. También luego se daba un salto al Cordobazo. Esa era la prueba: el pueblo de la lucha del Frigorífico Lisandro de la Torre, el pueblo del Cordobazo. Y se pueden añadir otros momentos de exaltación revolucionaria. O que abonaban esa hipótesis: que el pueblo de Perón era revolucionario. Bien, hemos llegado, no casualmente, a una frase importante: *el pueblo de Perón*. El que diga que el pueblo peronista no era *el pueblo de Perón* no entiende nada, no vivió la época, no conoció a los obreros peronistas o a los trabajadores peronistas rurales. *Eran peronistas de Perón*. Voy a decir algo terrible para algunos. Pero aquí hay que jugarse a fondo en busca de la verdad. Que nunca va a ser una. Pero al menos que nadie se ahorre –a esta altura de los tiempos– el trabajo de buscarla hasta donde ya esté seguro de su ausencia. *El pueblo peronista está más cerca de la interpretación que de él dieron artistas como Daniel Santoro o Leonardo Favio que de la creada por la izquierda peronista, la Tendencia, la Jotapé de las Regionales o, directamente, los Montoneros*. A mí Favio nunca me cayó bien. Y si asegura dar por fin su definitiva versión del "palco de Ezeiza" sería deseable (por esa lucha necesaria en favor de cierta posible *verdad histórica*) que lo haga cuanto antes. Pero Favio –en los '70– era un personaje que me era difícil entender. No me importaba mucho porque era un "famoso". O era un "actor". O un "cantante". O un "director de cine". A mí me agradaba –a mediados de los '60– escucharlo cantar *Fuiste mía un verano*. O una que refería a los pantalones cortos y esa rueda que llevábamos con un alambre y la hacíamos girar hasta hartarnos. ¡No teníamos juegos nosotros! Otra que videogames. La figurita, los barriletes, los autitos con plastilina. La joda loca. Bué, algo de esto decía la canción de Favio. Para mí, era un huevón más del "mundo del espectáculo". (Ahora el "mundo del espectáculo" reina y los huevones somos nosotros. La "revolución" fue a parar a manos de Tinelli. Perdón por la franqueza.) Nunca me creí que fuera un genio o un gran director. (En fin, ya escribí sobre esto: ver *Retrato del artista primitivo* en *Escritos imprudentes II*.) Cierto día, ya cerca del '73, lo veo aparecer en un programa de TV junto a Palito Ortega, que de peronista nada, nada. Palito era Palito y punto. Hubo un huevón del "espectáculo" que buscó acercarse al calor peronista de los tiempos y *no fue Palito*, sino Donald. No Donald el Pato. Sino un cantante que se llamaba Donald. No era un nombre para la época. Y el joven no había leído el libro de Ariel Dorfman y su amigo francés, eso se notaba. También había un miembro de *El Club del Clan* que llevaba por nombre Johnny Tedesco. Fue aniquilado por Palito y sobre todo por el gran artista de gran talento que dio ese grupo: Chico Novarro. (Salud Chico: gloria eterna a tus obras maestras *Algo contigo* y *Cuenta conmigo* y muchas otras, ¡hasta *El orangután* es inmortal!) Pero cierto día llegó la guerra de Malvinas y Johnny, el Tedesco, vio la posibilidad de retornar a primer plano. ¿Luchábamos contra los ingleses? Bravo: él le daría a la patria un ejemplo de entrega, de fervor. Sacó (o aceptaron sacarle) en los diarios un sueltito que decía: "A partir de ahora el cantante Johnny Tedesco comunica a sus compatriotas que ha decidido llamarse *Juan Tedesco*". La Thatcher casi frena a los gurkas. Regreso a Donald. Era célebre por una canción bastante pelotuda que, por consiguiente, todo el mundo cantaba: "Las olas y el viento y el frío del mar". Pero, entre frase y frase, había que decir: "¡Sucundum, sucundum!" La gilada de la época –si uno no hacía alguna piolada que le proponían– te decía: "A vos te falta *sucundum*, flaco". En las historietas de Isidoro Cañones era posible verlo al insoportable garca de Dante Quinterno bailando la tonadita de Donald y diciendo "Sucundum, sucundum". Donald, sin embargo, acepta incorporarse a los nuevos tiempos peronistas y se une a Hugo del Carril. El gran Hugo, que terminó bien pobre, andaría detrás de algunos mangos y acepta grabar con el opa nuevaolero (que hasta flequillo gastaba) un tema que se llama: *Compañeros*. Y –muy inspiradamente– dice: "Compañeros, compañeros, compañeros, siempre fuimos compañeros, compañeros, compañeros". Girri, Perlongher, Pizarnik y Gelman abandonan la poesía. (No quiero lastimar a quien no lo merezca: de *El Club del Clan* salió también Raúl Lavié, un notable cantante de tangos.) Vuelvo a Palito. No, a Favio. De ahí venía. Cierta vez lo veo en un programa de TV. Sería (¿cuál podría ser?) el de Mirtha Legrand. (¡Sólo lo verdaderamente grande perdura en este país!) O el de "La Chona". Que era la actriz Haydée Padilla. Hacía *Almorzando con la Chona* y su touch de originalidad residía en cerrar cada bloque diciendo "un provechito y volvemos". ¿Qué tiempos ingenuos, no? Hoy habría que hacer *Almorzando con la Negra Vernacci*. La Negra diría: "Voy a



vomitar toda la mierda que me tuve que comer en este primer bloque y vuelvo". Así, con ese talento que –si de mujeres hablamos– uno sólo encuentra en una Griselda Gambaro o esa gracia, esa exquisitez que entrega Naomi Watts en cada película que hace. Bien, supongamos que era el programa de Mirtha. Ahí los veo a Palito y Favio. Se los presentaba un poco como antagonistas. Favio era muy peroncho y Palito, qué sé yo, otra cosa. Pero Favio –ante mi genuina estupefacción, dejándome aturdido y hasta algo turulato– se larga a hablar en un idioma que yo desconocía o creía ya parte del pasado. Dice: "Por favor, Palito y yo no tenemos diferencias. Somos gente de paz. ¿A quién hacemos mal tocando, él y yo, la guitarra changa, changa, changa, changa?" *Changa changa* era el sonido de la guitarra. Favio decía *changa changa* y se rascaba, más menos, la panza como si tocara ese instrumento. Y siguió: "Yo soy peronista y él no, pero los dos somos argentinos. Y el general Perón viene para unir a los argentinos. Para que el pueblo vuelva a ser feliz. Para que tenga trabajo, comida, educación. El general vuelve para la felicidad de la patria. El general vuelve para que los argentinos nos demos un gran abrazo de amor. Eso es lo que quiere el pueblo. Y el general lo sabe". Bien, aquí quería llegar: *Favio tenía más razón que nosotros*. A mí, en ese momento, su discurso me pareció pura melaza fascistoide. Negaba la lucha de clases. Ni hablaba de la lucha del pueblo por la toma del poder. *Ni hablaba del poder*. Sólo hablaba de la felicidad, de la unión de los argentinos y de todo lo que recuperaría el pueblo de Perón con el retorno de su líder. Eso eran –para Leonardo Favio– "las casas peronistas". Eran lugares de gente de trabajo y de paz. Eran esos lugares en que –como diría impecablemente Lorenzo Miguel– los peronistas, definiendo qué era serlo, comían tallarines los domingos con la vieja. Casas de gente que no pasaba apuros. Que tenía una vivienda digna (la casa de la vieja o la casa de la familia o la nueva casa del hijo o la hija que se casan y traen al mundo un nuevo gronchito peronista, como genuinos gronchitos eran Palito y Favio, algo que nadie puede negar: lo eran, no eran blanquitos del Nacional Buenos Aires, ni judíos marxistas) un trabajo digno, unas vacaciones dignas y un líder al que amaba. *Esas casas no eran "fortines montoneros"*. Una consigna como "Sánchez, Salustro, al pueblo le da gusto" habría irritado a Favio. ¿Cómo al pueblo le iba a gustar la violencia, la muerte de un trabajador (aunque fuera jerárquico) y de un militar (que Perón lo era)? En esas *casas peronistas* de Favio –que eran, insisto, casas de gente de trabajo y de paz y no fortines de guerra– es donde hay que ubicar la otra gran frase de este tipo de peronismo. La que –como ya dijimos– dijo Lorenzo Miguel: "Ser peronista es comer tallarines los domingos con la vieja". Favio jamás se acercó a la Jotapé. Siempre tuvo claro su peronismo. Creo que sabía más de Perón que todos nosotros juntos. Sólo eso: *lo conocía*. Después veremos dónde lo ubicó su interpretación. Porque, aunque basada en un conocimiento primario de las bases y de Perón, no era al cabo más que otra –o la primitiva, la más elemental, silvestre– interpretación de un movimiento que había cambiado como todo cambia con los tiempos. Desde este punto de vista, es correcto que Firmenich reivindique a la Tendencia como legítima hija de Perón. "Le guste o no, somos sus hijos", dijo varias veces. Pero no sólo de Perón eran hijos. No sólo de él herederos. Eran herederos de Perón y de Ernesto Guevara. Quiero decir: no exactamente Firmenich, que era "catolicuchi", sino la enorme masa de los militantes de izquierda que vieron en el peronismo el más que posible giro a la izquierda de un movimiento nacional y popular que llevaba ya –contando desde el '45– 25 años de existencia. Si 25 años atrás se había podido tanto, ahora había que avanzar al calor de los nuevos tiempos. Al calor del Che, de Fanon, de Vietnam, de Ho Chi Minh, de Giap, de Cooke, etc. Era correcto. Pero había algo que no pertenecía a la temporalidad en que la izquierda peronista se incluía. Y atención, esto es complejo. Alguna vez escuché que el Comandante Guevara había fracasado porque no había leído a Althusser. En fin, una exageración. Pero nosotros debimos pensar en Althusser. Al menos quienes lo habíamos leído. Igual era poco lo que habríamos podido conseguir. ¿Qué nos ofrecía Althusser? Algo importante: no hay una temporalidad lineal. No hay una historia lineal. Este fue uno de los grandes errores de la militancia en los '60 y los '70. La Historia no cambia *toda* al mismo tiempo. Hay temporalidades diferenciadas. Eso que está en las *Tesis de Filosofía de la Historia* de Walter Benjamin. Althusser habla de la diferente temporalidad de las esferas de una estructura. Michel Foucault –en un trabajo genial sobre Nietzsche y la genealogía y la historia– destruye la interpretación, propia del marxismo, sobre una historia lineal, que progresa linealmente. Gran parte de su trabajo está dedicado a esto. Sartre –pese a que la *Crítica de la razón dialéctica* es la negación de la tesis de la *linealidad necesaria*– cae en ella en el Prólogo a Fanon y fue *ese* texto el que seguimos. Por decirlo concretamente: la clase trabajadora peronista pertenecía a otra temporalidad ideológica que las clases medias nacionalizadas, socialistas. Si hacemos eso que Althusser llamaba *corte sincrónico,* podríamos decir que la radicalización de los sectores medios (y su expresión armada) se insertaba en una distinta línea temporal que la de la clase trabajadora peronista. Creo que esta clase no fue más allá –en muchas cuestiones organizativas, modalidades de lucha y, sobre todo, en la aceptación de la violencia– de la huelga del Lisandro de la Torre. El Cordobazo fue muy escasamente obra de la clase trabajadora peronista y sí de los sectores del sindicalismo de clase cordobés más la militancia de los estudiantes. Ni Tosco ni Salamanca eran peronistas. Rucci ("argentino y peronista") obscenamente insultaba a Tosco con los insultos del más crudo macartismo: "Zurdo, comunista, marxista, trosco". A Rucci elige Perón. Rucci estaba en la misma esfera temporal de la clase trabajadora peronista. Fueron muchos de estos trabajadores los que gritaron a los Montoneros que abandonaban la Plaza el 1º de mayo del '74: "¡Vayansé, zurdos de mierda!" En suma, *no todo cambia al mismo tiempo. La radicalización política de los sectores medios no se correspondió con una radicalización de la clase obrera peronista*. Cuando la clase obrera se radicalizó Perón había muerto, gobernaban Isabel, López Rega y la Triple A. Fue la clase obrera de Villa Constitución. Esa clase obrera fue aplastada por los metalúrgicos de Lorenzo Miguel y todo el aparato criminal del Estado terrorista de Isabel Perón. Era la nueva clase obrera que surgía después de la muerte de Perón. No pensaba en la comunidad organizada, pensaba, combativamente, en defender su autonomía (sin unirse a ningún otro sector social en ningún otro frente "nacional antiimperialista"). Ahí, lo vieron todos, *estaba el peligro verdadero*. Estudiaremos (ocurrió en marzo de 1975) esa historia cuidadosamente porque, en lo conceptual, su importancia es decisiva. Es cierto que la quiere copar el ERP. Pero es una huelga. Una huelga –lo hemos dicho sobradas veces– no es una operación miliciana, no requiere grupos armados *minoritarios*. Requiere bases, organización y dirigentes honestos y combativos. Algunos dirán que se pueden complementar. Que la guerrilla puede "ayudar" a la huelga. Falso de toda falsedad. ¿En qué puede ayudar la guerrilla a un obrero que subvierte el sistema no acudiendo al trabajo? ¿Hay acaso una herramienta más subversiva que suspender la producción? Los fierreros no lo van a entender nunca. En un curso que dicté en 2007 aparecieron algunos diciendo que si la guerrilla ponía algunos caños podía colaborar con los huelguistas. Sí, sólo a que se declare ilegal la huelga por apelar a la violencia. Que se llame al Ejército ante un estado de guerra. ¿Cuándo van a entender algunos otarios algo de filosofía política? Piensan con los fierros en la cabeza. Villa Constitución es una huelga de la clase obrera no peronista, revolucionaria. La primera huelga con Perón muerto. No necesita más que eso. *Se perjudica más al capitalismo paralizando la producción que cometiendo la cruelmente inútil imbecilidad de matar policías*. Y si esto no se entiende no se entiende nada.



EL REGRESO DE LA PATRIA DEL "PULQUI"

Volvemos al punto en que estábamos. Dijimos: *La radicalización política de los sectores medios no se correspondió con una radicalización de la clase obrera peronista*. En ese curso agitado y numeroso que –como dije– dicté en 2007 sobre *Qué es el peronismo* todos los que rompían (ya imaginan qué) levantando la mano a cada rato para dar su imprescindible opinión sobre cualquier cosa, lo hacían bajo el pretexto, al parecer inapelable, de: "Yo estaba ahí". A uno le dije: "¿Y dónde creés que estaba yo? ¿En el living de mi casa?" Significa que hay *hechos históricos sustanciales* en la historia trágica de estos años en los que todos, los que estamos vivos todavía, estuvimos. Entonces, ¿no escucharon a los obreros peronistas gritarles a los Montoneros "zurdos de mierda, troscos, infiltrados", etc.? Por supuesto. Esto es así. Tan cierto como que la plaza no quedó vacía. Ni siquiera la mitad se fue. Se fue un tercio, que no es poco. Pero no es lo que se pretende. O sea "Aserrín, aserrán, es el pueblo que se va" las pelotas. Al pueblo lo tenía Perón. Y el pueblo quería, como siempre, *carnaval y no "asamblea popular"*. ¿O no habíamos escuchado a Hugo del Carril cantar la *versión peronista* del Día del Trabajo? *Jornada de protesta, no*. Ni mártires de Chicago ni ninguna de esas cosas siempre lloronas y macabras de los "zurdos". Fiesta del peronismo. Fiesta de los trabajadores. Festejo por tener trabajo, casa, aguinaldo, vacaciones, festejo por haber llegado al 53% de participación en el producto bruto, cosa que se veía en la invasión proletaria a Gath y Chaves, en los veraneos, en las comidas de los domingos, en la alegría del fútbol, en los carnavales. Hugo del Carril lo decía claro: "Esta es la fiesta del trabajo/ unidos por el amor de Dios". La clase trabajadora peronista había permanecido peronista. Era lo que decía Favio. *Es lo que Daniel Santoro pinta*. Santoro tiene rasgos de crueldad en esas imágenes de Evita comiéndose las tripas del Che. No las entiendo. En verdad, entiendo poco. Acepto más de lo que entiendo. Es un gran artista y el film sobre el "Pulqui" es conmovedor. Y sí: ahí está. *El regreso de la patria del "Pulqui", eso quiere el verdadero peronista*. (El "Pulqui" era el avión del primer peronismo.) Con dolor, con rabia, frustrados, como se quiera (total: si a algo hemos tenido que acostumbrarnos es a aceptar los desengaños y las derrotas, pero al menos contemos honestamente nuestra historia), tendremos que admitir que Favio y Santoro tenían y tienen razón: ése, el de ellos, era el pueblo peronista. Por el contrario, la *temporalidad* revolucionaria, que incluía *inevitablemente* la violencia, cabalga en la temporalidad insurreccional de la Revolución Cubana, del cookismo, de la guerrilla vietnamita. El Ejército seguía en la misma esfera temporal gorila del '55: Lanusse. La Marina (como para dejar todo bien claro) revive, en Trelew, el terrorismo de Estado de la matanza de José León Suárez. El único que ha cambiado –¡oh, sorpresas de la historia!– es Aramburu. Pero sólo en busca de una solución pactada que pueda abrir la salida conciliadora. Nada de esto lo quiere ver la Jotapé. Se toman dos deserciones (¡solo dos!) como las de Licastro y Fernández Valoni a modo de signo de una desbandada en el seno del Ejército. Los curas del Tercer Mundo obliteran una adecuada visión de la eternamente reaccionaria Iglesia Católica. La clase media estaba harta de los años de prohibición del peronismo y quería el retorno del líder ausente. O sea, la clase media sí, en efecto, estaba de parte del regreso de Perón. Admiraba a los guerrilleros. Les decía "los muchachos". Grupos líderes como "el clan Stivel" estaban con Perón. ¡La clase media estaba contra la oligarquía, contra la Sociedad Rural, contra *La Prensa*, contra *La Nación*, contra los militares y a favor de la Juventud Peronista! (*Nota*: Notable, en verdad. Escribo esto en las Navidades de 2008 y sucede todo lo contrario. Faltan los militares. No hay tanques, *pero hay tractores*. Y un señor –que es un poco frontal, un poco rústico digamos– declaró: "No bien volvamos a las rutas no salimos más". Bué, no voy a perder el tiempo en esto. Pero es interesante ver cómo en el esquema golpista de hoy los agraristas –con sus herramientas de trabajo– podrían reemplazar al antiguo poder militar. Ya que han declarado también que –debido a sus tareas– tienen necesidad de andar siempre armados. En suma, tractores –que algo de tanques tienen– y armas. Más una clase media llevada a la militancia combativa por un periodismo que –como dijera Nicolás Casullo– es "el verdadero partido de la derecha", todo eso sumado ofrece un interesante modelo de "Golpe siglo XXI". Acaso este país se encuentre más cerca de un choque violento de lo que nos animamos a creer. Ojalá me equivoque. Pero no veo demasiada lucidez ni responsabilidad democrática en los cerebros a-neuronales de los dos carnavalescos dirigentes de la FAA. Ni en el glorioso vicepresidente de las traiciones patrióticas. Ni en ninguno de los periodistas cuyo odio les impide pensar.

El esquema que manejan es simple. ¿Cómo permitir que siga adelante un gobierno conducido por una pareja desde la "intimidad de su alcoba"? Esto me preguntó un periodista que viene del alfonsinismo. Un mediocre que me prometió un reportaje sobre mi libro de filosofía –el que acaba de salir– y terminó, desde luego, preguntándome esa bobería patológica. Le dije: "¿Por qué desde 'la intimidad de su alcoba'? ¿Qué erótico suena eso, no? ¿No lo pueden haber decidido en el comedor o en la cocina?" Escuché, a través del teléfono (era telefónico el reportaje), las risas de las asistentes del "periodista libre" que hacía las preguntas de sus patrones. Me pareció sugestiva la connotación sexual de ubicar la "decisión" en "la intimidad de la alcoba". Recordé el texto célebre en que Cané se entrega a la paranoia de proteger a las vírgenes de su clase, inocentes todas, ante el ataque de la chusma ultramarina. Y bueno, es así.)

Sigamos con lo nuestro: sólo los sectores medios y el estudiantado se han unido al peronismo. Todo el resto del establishment sigue donde estaba. Pero –y he aquí lo esencial– las clases medias y el estudiantado sueñan con un proceso político perfectamente diferenciado al de la clase obrera peronista. Sucede que los obreros peronistas no se manifiestan. Esperan a Perón y siguen en sus casas, van a sus trabajos o se reúnen en sus sindicatos. Y los sindicatos exhiben una notable cautela. Insistamos: los sindicatos no arriesgan. ¿Por qué esa cautela? Lógico: no querían arriesgar lo que tenían por una posibilidad como cualquier otra, eso era para ellos el regreso de Perón. Sólo la CGT de Ongaro y los sindicatos de la izquierda cordobesa peleaban contra el régimen. Los otros llevaban años negociando y seguirían así. Ellos podían vivir con Perón o sin Perón. De aquí la bronca que despierta ese paraguas que agarra Rucci para cubrir a Perón. *Lo pone a Perón bajo el paraguas de un movimiento obrero que muy poco había hecho por su retorno*. Se jugó más el anciano cura Hernán Benítez por el regreso de Perón y por recomendarle que no renegara de la guerrilla que los mandamás de los sindicatos. Quienes –una vez de regreso Perón– se arrojan a la lucha contra la militancia juvenil. Con el apoyo franco del líder, que es lo que los autoriza y también los desboca.

"UNA ACCION DESEADA POR TODOS LOS PERONISTAS"

Pero hay una inmensa pequeña burguesía que vive una temporalidad propia. Una temporalidad revolucionaria. A esa pequeña burguesía, que es activa, que es lo que Perón necesita en esta etapa de enfrentamiento al régimen, hay que darle manija. Hay que darle elementos que la entusiasmen. *Hay que darle el Perón que necesita*. En resumen, la situación es la siguiente: lo que se establece entre Perón y los sectores militantes y combatientes de la Argentina es un juego al que podríamos llamar: "Te digo lo que necesitás que te diga". Buscar inteligir esto a través del dualismo verdad/mentira es absurdo. Estamos hablando de un período de intensa creatividad política. Muy torpemente, un periodista del alfonsinismo (durante los '80) sacó una nota llamada *El malentendido*. Era Pablo Giussani. Todos los radicales de esos años la jugaban de grandes piolas que no se habían tragado las mentiras de Perón. ¿Por qué? Porque ya sus papis les habían advertido que era nazi y malo. En cambio, los jóvenes de la izquierda peronista habían perpetrado un *malentendido*. Creer que Perón era un revolucionario. Mario Wainfeld, en *Unidos*, supo decirlo bien: "Lo que querían decir era que todos habíamos sido unos boludos". Hay gente que todavía piensa así. Llevando esto al terreno de los desaparecidos queda claro que habían muerto "por boludos". Así lo decían. Bien, el "enfoque mongui" ya está planteado. Vayamos en busca de algo más serio. Dejemos de lado, como dijimos, el dualismo verdad/mentira. El juego era "Te digo lo que necesitás que te diga". De parte de la militancia juvenil revolucionaria había otra expresión paralela a ésta: "Decime lo que necesito que me digas; si no, no puedo jugarme la vida por vos. Y si esperás venir sólo por la lucha de los burócratas de los sindicatos estás liquidado". Es posible que los militantes de la UES creyeran ciegamente que Perón era un revolucionario socialista. Pero los que estaban en la elaboración de las estrategias o el trazado de las líneas ideológicas *no se planteaban esto*. Perón era un pragmático y habría de ser lo que fuera necesario ser para ganar la batalla. Era entonces necesidad de la militancia llevar las cosas a un estado en que Perón no tuviera más remedio que dar cobertura a una situación revolucionaria si quería volver. *Esa situación revolucionaria era la que se estaba creando*. Perón, a su vez, advertía que su arma más poderosa era la caudalosa militancia juvenil (hecho único en nuestra historia: *nunca se vio un movimiento social y estudiantil tan numeroso, tan desbordante, de jóvenes militando detrás de una misma causa*) y las llamadas *formaciones especiales*, temor obsesivo de los sectores "de orden", algo que debían detener para que el país pudiera funcionar o corrían el riesgo de que ningún empresario extranjero se instalara en la Argentina, además de la inseguridad de las clases altas y la policía y hasta los cuadros del Ejército, blancos frecuentes de esas *formaciones*. Perón lo sabía: *Si vuelvo, vuelvo montado en esta ola*. La militancia de la izquierda peronista lo sabía: *O lo traemos nosotros o no lo trae nadie*. Creía también: si lo traemos nosotros le vamos a imponer nuestra política. Aquí había una sobrevaloración de la propia lucha y una subvaloración del poder del propio líder, por anciano que estuviese.

Perón hizo su trabajo impecablemente. En agosto de 1972, desde Madrid, envía un *Mensaje a la juventud*. Dice: "Yo no sé si es la insensatez o la ignorancia lo que enceguece a los que usurparon el poder para no comprender a una juventud que no quiere ser un simple número en los cálculos comerciales de los monopolios extranjeros. *Y es una pena que sea necesario que una parte de ella comience a decirlo a tiros, pero también es un aviso serio* (...); Esa juventud que ha aprendido a morir por sus ideales es lo único que puede salvar al país en su futuro preñado de acechanzas y peligros (...). Hagan llegar mi recuerdo y mi homenaje a todos los compañeros que han caído, como a los que han sufrido vejámenes y torturas físicas y morales en manos de la canalla entronizada" (Perón, *Mensaje a la juventud*, en *Envido* Nº 7, p. 74). Ya en febrero de 1971 había enviado su primera carta a Montoneros. Les decía que en nada habían interferido sus planes. Esta había sido una versión del "partido militar": que los Montoneros, al matar a Aramburu, habían interferido importantes planes de Perón. Se dejaba traslucir que Perón andaba en algo con Aramburu, versión que, muerto Aramburu, Perón desmiente sin ningún costo: "Estoy completamente de acuerdo y encomio todo lo actuado. Nada puede ser más falso que la afirmación que con ello ustedes estropearon mis planes tácticos *porque nada puede haber en la conducción peronista que pudiera ser interferido por una acción deseada por todos los peronistas*". La frase es importante: *Una acción deseada por todos los peronistas*. Este *deseo peronista de la muerte de Aramburu* es lo que fortalecerá siempre la tesis del montonerismo de los comienzos acerca de visualizar esa acción como parte de la "justicia popular". Ese *deseo* y la situación de profunda ilegalidad institucional que ya hemos exhaustivamente analizado. Lo verdadero es que la frase de Perón revela el acierto de Montoneros en la elección de "la muerte" que necesitaban para aparecer ante el pueblo peronista como los que venían a cumplir con *"una acción deseada por todos los peronistas"*. Esta frase de Perón era, para ellos, un respaldo poderoso. Más adelante, Perón les entrega unos consejos a propósito de las Fuerzas Armadas. ¿Eran atinados? Veamos: 1) "La mayoría de los suboficiales son nuestros". 2) 20% de la oficialidad es favorable al campo popular, 20% no. El resto es indiferente. 3) El 60% restante es también indiferente. Es "legalista", pero su legalidad radica en "servir al que gana". Si vamos ganando "podremos contar con ellos". Pareciera ser demasiado optimista este encuadre de Perón sobre la situación de las FF.AA. ¡Qué lejos estaban todos de imaginar al *monstruo* que en esas entrañas se estaba gestando!

ACTUALIZACION DOCTRINARIA/ TRASVASAMIENTO GENERACIONAL/ SOCIALISMO NACIONAL

Pero la verdadera "manija" que Perón les dará a sus muchachos revolucionarios será una operación cuidadosamente planeada y realizada. Es la que lleva a cabo el Grupo Cine Liberación en Madrid entre junio y octubre de 1971. Es el film de Octavio Getino y Fernando "Pino" Solanas. El proyecto –según se decía entre los militantes– era "ir a sacarle frases duras al Viejo". Veremos qué dijo el Viejo. Qué delicado, inteligente trabajo de "organización" del trabajo hicieron Solanas y Getino, sobre todo por medio del titulaje de los temas. También algunos militantes –que no estaban en contra sino que decían esto casi admirativamente– ponderaban ese titulaje porque a veces decía o "lo que el Viejo no había dicho" o "le daba una orientación de izquierda a lo que el Viejo decía". Como fuere, el Viejo se despachó con todo. El film fue visto masivamente por la militancia y llevó por título el famoso que casi todos conocen: *Actualización política y doctrinaria para la toma del poder*. Desarrollaba los tres temas centrales que Perón había elaborado para su ala izquierda: *Actualización doctrinaria, trasvasamiento generacional y socialismo nacional*. En el discurso del 21 de junio de 1973, al día siguiente de la tragedia de Ezeiza, cuando Perón dijo: "Nosotros somos justicialistas (...) No creo que haya nuevos rótulos que califiquen a nuestra doctrina y a nuestra ideología. Somos lo que las veinte verdades dicen", muchos entendieron que a la *actualización doctrinaria* se la iban a tener que meter sin hesitación alguna en el más profundo socavón de sus culos revolucionarios, y, si entraban, también ahí habrían de introducir al *trasvasamiento* y al *socialismo nacional*. ¿Pensó en serio Perón que un freno tan brutal habría de ser posible? ¿Qué creía, que venía, pegaba cuatro gritos y las esperanzas, los años de lucha, los muertos, todo se iba a tirar por la ventana? "Vean, muchachos, no se los dije porque quería volver. Pero, de socialismo nada, eh. Lo único que puedo ofrecerles es un proyecto manejado en lo económico por la pequeña y la mediana burguesía, en lo sindical por esa burocracia que no movió un dedo para que yo volviera y en la conducción yo, por supuesto yo, como siempre yo. A eso le pongo el nombre de *pacto social*. Y llamo a la unidad de todos los argentinos. Ustedes esperen. Gracias por los servicios prestados." Pero esto –que vamos a desarrollar hasta el extremo de la trágica y sangrienta comedia que fue, porque sin duda fue el más macabro de los chistes– sería recién en 1973. Entre junio y octubre de 1971, Perón ofrece a sus militantes sus mejores frases, sus más fervorosas justificaciones de la violencia. Y esas tres categorías que tan bien sonaban: actualización doctrinaria, trasvasamiento generacional, socialismo nacional. Las analizaremos a fondo. Ahora, ¿no hay algo que no pareciera funcionar tan *eficazmente* en la conducción del "conductor genial"? ¿Era necesario ofrecer *tanto* si se corría el riesgo de luego tener que quitarlo *todo*? O también: si *tanto* se había ofrecido, ¿qué justificaba sacarlo *todo*? ¿No era una amputación exagerada, impolítica, no había otro camino más moderado, integrador, *político*? Para los fachos cavernícolas sedientos de sangre que rodeaban al líder todo era una fiesta. Pero se suponía que Perón era el sabio, el "Padre Eterno", que sabía conducir el desorden. Aquí no condujo el desorden. Directamente le cortó la cabeza a una de sus alas. Así le fue. Así nos fue. Como sea, recordemos: aquí no hay santos ni herejes. Hay una infinita cantidad de gente que se equivoca porque cree tener la verdad. Eso es lo que transforma en *tragedia* al *gran relato* peronista. Esperando que esa tragedia devorara a sus protagonistas estaban los carniceros, los matarifes. Todo llevaba hacia ellos. Todos parecían hacer lo necesario como para entregarles el país en bandeja a los más grandes asesinos de su *sangrienta historia*.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

Actualización política y doctrinaria para la toma del poder